TRAFALGAR: "La victoria nunca se apoyará en la suerte"

Teniente Segundo ADM
Erick Arce Monge

"Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber", era la frase que los 26 buques de la Real Marina Inglesa descifraron de las señales de banderas que se enarbolaban en lo alto del palo mayor del *Victory,* navío de 100 cañones comandando por el almirante Horacio Nelson, justo antes comenzar la brega contra la fuerza aliada franco-española en el cabo Trafalgar el 21 de octubre de 1805.

Tal vez, la historia nos detalle los antecedentes, relate cómo transcurrieron los hechos y muestre qué resultados se obtuvieron luego de una de las últimas más grandes batallas navales. Pero cuán importante es conocer y poder darse cuenta de lo que involucra encontrarse en el fragor de la batalla donde todo se torna tan simple como el hecho de pelear para conservar la vida, de cómo el ejemplo del valor bajo fuego "arrastra", contagia y se multiplica entre los hombres que, inspirados por sus líderes, buscan la gloria que significa alcanzar la victoria arriesgando la vida, cumpliendo con su deber, dejando atrás o mejor aún llevando consigo la imagen de esposas e hijos que con lágrimas humedecieron su uniforme, ese uniforme que viste en batalla y que en el caso de muchos se llenará de sangre, abandonando este mundo sin poder adivinar siquiera el destino de su familia, sin saber si recibirían poco o más que las condolencias de quienes enviaron a sus hombres para defender sus intereses.

Es comprensible por qué el almirante Nelson usó esa frase para arengar a su flota; porque más allá de apelar al patriotismo, Nelson sabía lo que Inglaterra, por añadidura, esperaba de sus combatientes, luego de lo que ella había hecho por ellos, mejor dicho en qué los había convertido, Inglaterra se preocupó de que sus oficiales sean profesionales altamente entrenados ya que ninguno de ellos podía comandar embarcaciones de más de 20 cañones sin haber pasado 10 años en la mar. Asimismo los ascensos hasta el grado de capitán solo eran logrados por meritos distinguidos y a partir de ahí se sigue subiendo por rigurosa antigüedad, sus tripulaciones

eran pagadas justa y puntualmente, es decir los convirtió en hombres de acero.

Por el contrario, la flota española se encontraba compuesta por oficiales expertos pero desmotivados por los pagos no cumplidos y además en muchos casos lograban los ascensos por obra y gracia de algún "Don", con tripulaciones explotadas y esclavizadas, sin preparación, obligados a servir sin otro horizonte que la muerte, sin la posibilidad de salir de su miseria, pero no por ello, al ser arrancada su vida por el mosquete, el cañón o la espada, dejen este mundo sin merecer la distinción que solo se otorga aquellos que lucharon aún sabiendo que la probabilidad de vencer casi no existía. A esto se suma la decadencia que venían sufriendo sus navíos, por la corrupción de sus gobernantes que no tomaron en cuenta siquiera el informe premonitorio que hiciera el general de la Armada, Antonio de Escaño sobre la escuadra del Mediterráneo: ***"Esta escuadra hará vestir de luto a la Nación en caso de un combate, labrando la afrenta del que tenga la desventura de mandarla".***

¿Pero qué representaba Horacio Nelson para todo aquel hombre que luchaba bajo sus ordenes? Pues era un gran estratega, durante su juventud ocupó varios cargos en la Armada, pero es en 1793, luchando contra Francia, cuando se distingue por su valentía. A partir de entonces inicia una carrera repleta de éxitos. El bloqueo de los contingentes de Napoleón en el Mediterráneo fue una de sus intervenciones más aplaudidas. En 1801 logró vencer a los daneses y en aquella fecha es nombrado vice almirante, estaba convencido de que servía a una causa justa, luchaba hasta el final y su consigna era que las acciones más audaces son las mejores. Cuando en la batalla de Copenhague de 1801 recibió la orden de retirada, se puso el catalejo en el ojo que le fue segado a causa de un disparo en la cara y declaró no ver algún peligro y prosiguió el ataque. Acciones como ésta hicieron que todo aquel que escuchara hablar sobre él, detuviera lo que estuviera haciendo para enterarse de sus hazañas y querer hacerse a la mar a fin de tener la dicha de servir a su mando y cumplir sus órdenes, aun los más grandes retos que se presenten; ya que seguían a aquel hombre que ni siquiera "el Tigre" (nombre que se le dio a un tipo especial de cañones) que le hiciera perder un brazo, consiguió hacerle perder la voluntad de seguir conduciendo batallas.

3,243 muertos y 2,538 heridos fueron las bajas que sufrió la flota Franco-Española contra 499 muertos y 1,241 heridos de la Inglesa, el total de más de 7,500 valerosos guerreros afectados, nos hace dar una idea de lo encarnizada que resultó la batalla que duró menos de un día, en la que la táctica usada generalmente era abarloarse al buque enemigo, alinear los cañones y dispararse entre si hasta que uno de ellos no tuviera mas remedio que arriar su bandera, fuera hundido o tomado por el enemigo, todo mientras los infantes de Marina desde las cofas disparaban sus mosquetes, arrojaban granadas y frascos de pólvora con la premura de matar o morir, mientras lo único que volaba por

ahí no eran gaviotas sino balas y astillas.

La extremada diferencia entre las bajas de uno y otro bando, no hacen más que confirmar lo obvio, cómo podría ser menor si la escuadra aliada había completado las tripulaciones de los navíos con soldados y artilleros de tierra, con pastores, mendigos, campesinos y presidiarios llevados a la fuerza a una batalla tan ajena a su comprensión como lo era su experiencia marinera. Quizás lo mas difícil de entender es como aun en esa situación, en la que darle solo una oportunidad al enemigo significaría perder la vida, se hayan presentado casos en los que la batalla no pierda su humanidad y en la que el hombre no pierda su honor, como lo se expresara en la Carta de Gibraltar al comandante del buque español *San Roque*: ***"Cuando yo esperaba encontrar a estas gentes (los ingleses) llenas de orgullo e insoportables por su victoria, las he visto más bien al contrario, rindiendo mayores agasajos a nuestros oficiales prisioneros y hablando de ellos con el mayor entusiasmo"*** y que la población nunca será ajena a las inclemencias de la batalla, esa población que muestra decencia y compasión, como podemos notarlo en el informe del teniente de navío Louis Quelennec comandante del navío *Incertain* al Comandante de la escuadra combinada ***"unos pescadores de Rota me confirmaron que a resultas del temporal se ha ahogado muchísima gente y que los lugareños están socorriendo por igual a náufragos españoles, franceses o ingleses"***, cuando imagino aquella escena en la que una mujer atiende a un marinero inglés herido y a punto de ahogarse; quien quizás haya sido el responsable de que el cuerpo sin vida de su marido, sea arrastrado por el oleaje de aquella triste tarde.

¿Qué nos enseñó la batalla de Trafalgar? Algo tan lógico que resulta increíble que hasta ahora, luego de 200 años, no sea comprendida por quienes tienen que tomar las decisiones importantes, que la victoria no se logra solo con el ímpetu y la esperanza, menos aún con la improvisación, el desorden, la avaricia, la corrupción y el egoísmo, sino que se sostiene sobre verdaderos líderes del profesionalismo y la preparación, de decisiones y acciones adecuadas y del apoyo de los gobernantes y de toda la nación. Trafalgar así como toda contienda, hace surgir héroes de hombres comunes, porque la valentía solo se puede mostrar en momentos cuando todo parece perdido, porque los líderes no son quienes dan órdenes en mar calma, sino aquellos que se ponen a la cabeza de sus subordinados y muestran de qué están hechos mientras el estruendo de los cañones zumban por sus oídos, aquellos hombres que supieron labrar su propio destino. Pero no podemos perder de vista que gran parte de ello fue gracias a que las decisiones (correctas) de sus naciones les dieron la oportunidad de lograrlo, Trafalgar nos enseña que ***"la victoria nunca se apoyará en la suerte"***.

Bibliografía

-Perez-Reverte, Arturo. Cabo Trafalgar. Ed. Alfaguara.